

LEYENDA GUIPUZCOANA<sup>1</sup>

Inmóvil, abstraída  
 como marmórea estatúa,  
 poético ornamento  
 del gótico balcon:  
 ¿Contemplas de la playa  
 la luz alabastrina,  
 cuyos rayos suaves  
 dorados por el sol,  
 semejan el brillante  
 y nacarado lecho,  
 donde dicen que duerme  
 la madre del amor?  
 ¿Miras cómo las olas  
 orlan de blanco encaje,  
 su borde cristalino?  
 ¿Qué llama tu atención?  
 Las elevadas cumbres  
 de los vecinos montes  
 que pierden poco á poco  
 su luz y su verdor?  
 ¿O la celeste calma  
 del sol en su agonía?  
 ¿O el espacio sin término  
 que por tumba escogió?  
 ¿Por qué sufre la hermosa,  
 la de los garzos ojos  
 que del mar de Cantábría  
 reflejan el color?  
 ¿Por qué sufre la niña,  
 de purpurinos lábios,  
 de cabellos brillantes  
 como rayos de sol?  
 ¿Por qué siendo de rosa

su tez immaculada,  
 cual la espumosa onda  
 en blanca se tornó?  
 ¿Quién empaña tu brillo,  
 mi perla guipuzcoana;  
 y quién de tu belleza  
 apaga el resplandor?  
 ¿Quién envenena, niña,  
 el aire que respiras?  
 ¿Quién, siendo tú tan buena,  
 tu vida emponzoñó?  
 No há mucho con la frente  
 de flores coronada,  
 con el rostro radiante  
 de cándida ilusion,  
 por las gradas del templo  
 risueña descendías,  
 seguida de tu esposo,  
 de tu dueño y señor.  
 El pueblo te aclamaba  
 por noble y por hermosa,  
 yo tu dicha pedía  
 en rápida oracion,  
 y todo era alegría,  
 y todo era contento.  
 ¿Por qué cubre hoy tu dicha  
 tan fúnebre crespon?  
 Vela por ella, hija,  
 dijo la madre mía  
 al bendecirme amante  
 en su postrer adios;  
 y la voluntad suya  
 cumplir he procurado.

(1) Esta composición, que reproducimos con la vènia de su autora, y como por vía de muestra, forma parte del bellissimo libro rítmico, recientemente publicado, con el título de *Horizontes poéticos*, por la Sra. D.<sup>a</sup> Francisca Sarasate, hermana del eminente violinista del mismo apellido, y unida hoy por los santos lazos conyugales al distinguido jurisconsulto y conocido escritor nabarro D. Juan Cancio Mena.

Díme, pues, hermanita,  
 ¿qué causa tu afliccion?  
 Miróme con asombro,  
 lanzó un débil suspiro,  
 y á plegarse risueña  
 su boca se negó.  
 Una mujer, hermana,  
 me roba su cariño,  
 una mujer me mata,  
 gimiendo contestó;  
 y como si temiera  
 que yo lo censurara?  
 dijo con voz muy triste:  
 ¡Oh! No, no es traidor.  
 Es el primer cariño  
 que ha sentido su alma,  
 acaso ya imposible  
 ó muerto lo creyó;  
 en mí buscó un consuelo,  
 que no he sabido darle,  
 un apoyo, un amparo;  
 á mí, nunca me amó;  
 y este lazo de flores  
 es hoy una cadena  
 pesada, insoportable,  
 cruel para los dos;  
 por eso desde el fondo  
 de mi alma desolada,  
 morir deseo, hermana,  
 morir le pido á Dios.  
 Vivir viendo su pena  
 tan grande y sin consuelo,  
 mirando en su semblante  
 las huellas del dolor;  
 vivir sin que en sus ojos  
 un rayo de alegría  
 pague mi afan constante,  
 mi loca adoracion;  
 vivir siendo el escollo  
 que su ventura estorba,  
 el odioso verdugo  
 que destruye su amor;  
 vivir sin su cariño,  
 vivir sin su ternura,  
 vivir viendo que sufre,

desgarra el corazon.  
 En las eternas horas  
 de mi cruel destino,  
 como gracia suprema  
 mi muerte pido á Dios;  
 y en las amargas horas  
 de mi cruel destierro,  
 le pido acongojada  
 piedad y compasion.  
 El sueño ya no calma  
 mi afan y mi agonía,  
 la fiebre de mis penas  
 sin duda le ahuyentó;  
 y en un delirio triste  
 de variados tormentos,  
 sin término, ni tregua  
 se pierde mi razon.  
 Amor que mi alma guarda,  
 ternura que atesora,  
 soñadas alegrías,  
 ya todo se perdió;  
 y el mundo es negra cárcel  
 donde gimiendo vivo,  
 solo la muerte abre  
 mi fúnebre prision.  
 De cuantas penas hieren  
 el corazon humano,  
 amar sin esperanza,  
 hermana, es la mayor;  
 y como yo la sufro  
 de su dolor me duelo,  
 y quiero con la muerte  
 merecer su perdon.

. . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . .

Así me habló aquel ángel  
 que desde el cielo mira,  
 acaso con tristeza,  
 tu detestable union.  
 ¡Oh! tú que desde el seno  
 de tu egoismo innoble,  
 escuchas en silencio  
 mi triste narracion;

de aquella que no há mucho  
 llamabas compañera,  
 de aquella estoy hablando;  
 tiemble tu corazon.  
 Aquella niña pura  
 de corazon divino,  
 aquella te perdona  
 y te maldigo yo;  
 era hermosa, era buena,  
 era tierna, era amante,  
 era un ángel del cielo;  
 por tí, por tí murió.  
 ¿No turban tus placeres  
 sus ayes de agonía?  
 ¿Puedes vivir tranquilo  
 en tu rica mansion?

No esperes, asesino,  
 gozar de tus amores;  
 allá donde tú vayas  
 te seguirá mi voz;  
 y de la triste historia  
 llevaré los recuerdos,  
 la historia de aquel ángel  
 que tu desdén mató,  
 Por turbar tu reposo  
 cruzo todos los dias  
 el camino que enlaza  
 á Deva y Mondragon;  
 y no llevará el viento  
 de tu maldad la fama,  
 que al mundo te delata  
 mi eterna maldicion.

FRANCISCA SARASATE.

## AMA SORTZETZ-GARBI EDO CONCEPCIOCOARI

AMARREKUA.

M undu guzian zera, Birjiña,  
 V paindurarik onena;  
 N ork esan zure edertasuna  
 H it miragarri ta aurrena?  
 V rgitasunen ispillu zera,  
 G arbitasunik goyena;  
 V rgia bera dirudizula,  
 B eti garbiya zaudena:  
 I I zan zaikigu bitarteko ta  
 V marik danik maiteena.

J. I. A.

(1864.)